



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

PILAR VIDAL



Tiene muchísima sal
y la luce en el teatro.
¡Ya quisieran más de cuatro
igualarse á la Vidal!

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—Un maldiciente, por José Estremera.—Una chipladura, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clorin.—La emboscada, por Fiacro Yrizaroz.—Lamentaciones de un cómico, por Calixto Navarro.—Las recomendaciones, por Francisco Flores García.—El amor y las flores, por Luis Ram de Vin.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Pilar Vidal, por Menchú.—Tragicomedia (continuación), por Cilla.—Jeroglífico, por Menchú.



¡Jesús, qué vida ésta!

Casi todos los días surge un conflicto y el hombre se ve y se desea para salir adelante.

Ahora el tiro viene de los tablajeros, que han cerrado las carnicerías para ponernos en un brete; pero el Ayuntamiento ha establecido despachos de carne, y, aunque mal, vamos saliendo del día.

Lo que tiene es que va uno a pedir solomillo y le dan bahilla; ó quiere uno comer carne de tapa y le sirven lomo bajo; pero esto consiste en que los encargados de la venta no conocen nuestros gustos.

El carnicero ya sabe lo que tiene que dar a cada uno; no hace más que ver a la parroquiana y le dice:

—¿Cuánto te pongo? ¿Medio kilo? De cadera, ¿eh?

—Sí señor; es lo que más le gusta al señorito.

—¿Te la corto en filetes?

—Córtemela usted.

Los carniceros municipales no pueden pararse a cortarnos nada, porque necesitan todo su tiempo para despachar al público numerosísimo que acude a los cajones; pero, así y todo, ¡Dios se lo pague a la Municipalidad! A no haber sido por ella, hoy nos veríamos privados de toda clase de carnes, y si hubiéramos querido comer nos un *bisteau*, tendríamos que ir a buscarlo a las Ventas ó al Puente, donde lo sirven con salsa y al natural, sólo que lo come uno hoy, v. gr., y mañana, a eso de las ocho, está ya de cuerpo presente.

El conflicto de la carne ha dado lugar a muchos disgustos, porque hay gente que, si no come un par de chuletas todos los días para almorzar, cree que no ha hecho nada y se pone de un humor de todos los demonios.

—¡A ver cómo se resuelve pronto este asunto!—decía con acento imperativo cierto caballero, dirigiéndose a un joven teniente alcalde.

—Procuraremos zanjarlo cuanto antes.

—Bueno; es que si no tenemos pronto la carne necesaria, no respondemos de lo que pueda suceder—seguida diciendo el caballero.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Digo que estoy dispuesto a todo, hasta a prohibir un par de chicos del Hospicio para comérmelos después en secreto.

Felizmente los carnívoros se han tranquilizado, y hoy comen todos la carne municipal, con ó sin hueso, que se expende bajo la escrupulosa vigilancia de los concejales.

Algunos de éstos han recibido cartas perfumadas, concebidas en los siguientes términos:

«Mi dulce amigo: A mí esposo y a mí nos gusta la carne de hebra larga, y ruego a usted nos reserve un cuarto de kilo, que pasará a recoger esta tarde mi cuñado al salón de conferencias, donde sé que acude usted todos los días. Queda de usted atenta servidora Q. B. S. M., Adela.»

Postdata.—Nuestro carnicero nos daba siempre de balde al-

gunas piltrafillas para el gato. ¿Sería usted tan amable que nos las diese también?..

Cada vez va siendo más ingrata la profesión de concejal.

Antes daba gusto pertenecer al Ayuntamiento, porque se divertía uno muchísimo en las sesiones y tenía entrada en los teatros, en los toros, en el reservado del Retiro y en otra porción de sitios a cual más agradables.

Si había procesión, iba uno con su frac y su medalla detrás del palio, excitando la admiración del país y atrayendo las miradas de las chicas bonitas; si ocurría un incendio ó se caía un albañil de un andamio ó reventaba una cañería ó se desbocaba un simón, siempre había de presentarse algún concejal con su levita abrochada y su sombrero de copa, dictando disposiciones y produciendo en el ánimo de los circunstantes profunda veneración. En muchísimos casos, y siempre en circunstancias críticas, la presencia del concejal era cosa indispensable, y poco a poco iba el interesado adquiriendo popularidad y nombre....

Hoy las cosas han cambiado, y el concejal es un ser poco feliz que se ve en la necesidad de refír con el carnicero y con el abastecedor y con el que guiaba el carro de la carne. Cada conflicto que surge es un dardo que se clava en el corazón del concejal.

Porque es lo que él dice:

—¿Qué necesidad tengo yo de enemistarme con los vecinos? ¿Con qué cara me presento mañana a pedirles el voto?

Lo mejor sería dejar que cada carnicero hiciese lo que tuviera a bien, y así daría gusto ser individuo del Ayuntamiento, mientras que ahora los concejales se exponen a perder la popularidad y a que el día de la mañana les den un golpe.

—¡Por Dios, Emeterio!—decía una concejala a su marido.—Tú no te metas en nada; lo que debes hacer es saludar con amabilidad a los carniceros y decirles que nosotros nos lavamos las manos. Al fin y al cabo todo se arreglará, y el día que se arregle ya verás cómo se vengán de nosotros. Serán capaces de rociar el solomillo con agua de Carabaña, para descomponernos.

El caso es que el conflicto no se ha conjurado por completo.

Mientras no haya doble número de cajones para el despacho de la carne municipal, no podemos cantar victoria.

Hoy es tal la aglomeración de gente en las carnicerías, que se necesita perder cuatro ó cinco horas para que le vendan a uno medio kilo de carne.

Mi criada salió esta mañana a las seis con dirección al puesto de la plaza de Antón Martín.

Son las doce y media y todavía no ha vuelto.

¡Dios mío! ¿Qué comeremos hoy en esta casa?

LUIS TABOADA.

UN MALDICIENTE

FÁBULA

«Las maripositas
ya me van cargando
con esa soberbia
que Dios les ha dado.
Dicen que son lindas:
pero sus encantos,
como sus matices,
son polvillo vano.
¡Y el pájaro mosca,
un cliquillucatro
con patas muy negras
y pico muy largo!
Y todos sus bello-
reflejos metálicos,
los debe tan sólo
del sol a los rayos,
¡Pues y las libélulas,

qué presumen tanto
y todo su cuerpo
se les vuelve rabo!
¡Y á esos los poetas
dedican sus cantos
y buscan y aplauden
los demás humanos!
Con tal injusticia
me crispó y me exalto.
¡Esa es una infamia!
¡Ese es un escándalo!
¡No puedo sufrirlo!...
¡No pienso aguantarlo!...»
.....
Esto lo decía
un escarabajo.

JOSÉ ESTREMERÁ.

UNA CHIPLADURA

Hace algún tiempo, el bendito don Pascual Garcés y Osorio (que está loco el pobrecito) tiene en casa un oratorio muy bonito. Y en el sitio principal (para tormento del diablo, como dice don Pascual) ha puesto el hombre un retablo sin igual;

retablo de arcos preciosos donde, en nichos caprichosos, guarda en conserva unos cuantos restos de bichos famosos por lo santos. Para que nadie la toque, y á fin de evitarla un choque, tiene en su caja de hierro una glándula del perro de San Roque;

y crin sacada, de fiño,
del caballo que montó
Santiago cuando en Clavijo
trato moruno entresijo
traspasó.
Con la crin haciendo juego,
y en un saco de estracán
que parece un gorro griego,
tiene lana del borrego
de San Juan.
En una caja sencilla
que tiene forma de cono,
guarda la sexta costilla
de un buey del santo patrono
de esta villa.
Y para satisfacción
de su absurdo fanatismo,
hasta tiene un espólon
del gallo de la pasión,
¡de aquel mismo!

En una taza preciosa
(por la que mil reales dan)
exhibe no sé qué cosa
de la burra misteriosa
de Balaán.
Y conserva, en conclusión,
los timpanos verdaderos
del cerdo de San Antón
(dicho sea, caballeros,
con perdón).
Pues bien, como ha decidido
que en su museo escogido
no falte ni un animal,
¿qué diréis que ha prometido
don Pascual?
Dar cien duros á cualquiera
que, ya en trozos ó ya entera,
le busque para el retablo
la famosa *Corredora*
de San Pablo.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

PALIQUE

A la Srta. Guerrero, primera dama del Teatro Español: He leído en muchos periódicos de la corte que está usted haciendo prodigios en esa escena en que brillaron, no hace mucho, Matilde Díez y Elisa Boldún. Aunque—sin ánimo de ofender á nadie—los provincianos que hemos sido antes cocineros que traliles, sólo admitimos á beneficio de inventario los elogios que la prensa madrileña suele prodigar á los cómicos, esta vez, por lo que á mí toca, me inclino á creer que es verdad tanta belleza, y que esa unanimidad del entusiasmo periodístico responde á un bien efectivo, que viene á confirmar muchas esperanzas y á satisfacer legítimos deseos. Si me da el corazón que en usted se ha revelado una actriz verdadera. Si se me pregunta por qué no voy á verla, contesto que por miedo á las viruelas, principalmente; y además por respeto á la obligación de la *residencia*, que tan olvidada suelen tener algunos obispos, á quien también alcanza.

Pero aunque yo, por ahora, no puedo ver á usted en *El vergonzoso en palacio* ni en *Don Juan Tenorio*, me figuro la Magdalena y la Inés que usted hace, y doy por bueno cuanto en su favor se ha escrito. ¿No tendrá usted defectos? Para acercarme más á la realidad, me figuro también que sí. ¿Qué clase de defectos serán los suyos? También tengo que conjeturarlos é imaginarlos, porque la prensa nada ha dicho de ellos. Los críticos y gacetilleros creen hacer un favor á los artistas prescindiendo de sus tachas, negándolas ó olvidándolas, y en realidad les hacen un flaco servicio; porque, así como no se concibe verdadera pintura sin sombras y penumbras, no hay crítica real ni clarooscuro sin gradaciones y matices, sin algo *gris* por lo menos. Sólo podría ser fiel un cuadro todo luz... aquel que representara la gloria, donde todos los cuerpos tienen resplandores, según dicen los peritos; sólo sería exacta y real la crítica de elogio absoluto cuando se tratara de alguna obra de la Divinidad; y esa obra no había de ser el mundo terrestre, pues el mismo Dios, descontento del borrador antediluviano, le pasó por encima las aguas del diluvio. Cuando la crítica diviniza al artista atribuyéndole la perfección, lo convierte de hombre en fantasma; y, dislocando la frase célebre de Pascal, podemos decir que en tales casos, haciendo del artista un ángel, el crítico hace de bestia.

Por estas y otras metafísicas, vengo en dar por hecho que usted, señorita, tiene defectos. Pues, el que mejor la quiere, en cuanto actriz, lo que debe hacer es ayudarla en la labor de progreso que consiste en ir procurando que cada día lo defectuoso disminuya en usted. Y para conseguir esto, lo mejor, sin duda, y, por de pronto, lo absolutamente necesario, es conocer los defectos mismos. Y tenemos con esto averiguado, como lógica consecuencia, que esa persona que la alaba á usted en absoluto, sin indicar tachas, ni es quien mejor la quiere, ni quien puede ayudarla en el provechoso trabajo de su adelanto artístico.

Pero en esto de defectos hay que contar con la huésped: hay que contar no sólo con los que se tienen actualmente, sino con los que se puede adquirir. Los dividiremos, por tanto, en vicios presentes y futuros. Los últimos son los más peligrosos, porque éstos suelen ser los que conducen á la corrupción artística, y los síntomas de la decadencia; los primeros acusan generalmente los límites actuales del desarrollo: vienen á ser formas negativas del crecimiento; hay mucha diferencia entre la estatura de un anciano caduco y apergaminado y la de un niño que mide igual estatura; el niño puede decir: somos iguales, pero yo voy para arriba.

A los defectos que yo barrunto que usted tiene les atribuyo poca gravedad, y mucha á los que usted puede adquirir.

De los presentes quiero hablar poco, por varias razones: primeramente, porque mis cálculos en esta materia pueden ser de una inexactitud que salte á la vista de todos los que tienen el gusto de verla y oírle á usted en *El Español*. Las conjeturas proféticas deben hacerse para tiempo lejano, para que no se puedan desmentir por los que oyen la profecía. Si me equivoco al señalar los defectos en que usted puede incurrir dentro de algu-

nos años, poco importa para mí crédito de augur, pues para entonces ni yo mismo me acordaré de lo que dije; mientras que si le atribuyo ahora tachas que no tiene, cualquiera puede notar que me engaño y reírse de mis inducciones y deducciones.

Además, á usted no le molestará tanto, si algo le molesta, que se le hable de faltas en que puede incurrir con el tiempo, como puede disgustarle que se insista en examinar los lunares de ahora. Añádase todavía que de los vicios de declamación que usted pueda tener en este momento la culpa principal la tendrán el *medio* y las enseñanzas pasadas, y como usted se ha dedicado á nuevo género y ha cambiado de teatro, no es de esperar que las malas influencias antiguas persistan en su acción deletérea.

Lo más probable es que en adelante los defectos nazcan de la influencia en usted de las nuevas regiones del arte escénico en que usted ha penetrado con la buena suerte de que todos hablan.

También es cierto que muchas de las causas que pueden haber contribuido á los defectos de ahora son, por desgracia, de carácter general y constante en nuestro teatro y seguirán induciendo para producir los defectos futuros.

Y dejando ya preámbulos, diré de manos á boca que una de estas causas generales y permanentes va indicada en el siguiente consejo:

¡Es necesario huir de las malas compañías!

Cómo y por qué lo veremos otro día. En tanto, B. S. P.

CLARÍN.

¡LA EMBOSCADA!

Hay allá en mi país, en la montaña,
un valle pintoresco que, entre flores,
el Bidasoa en su carrera baña
y que es de los mejores,
si no el mejor, de los que tiene España.
Sobre una altura, y dominando el río,
hay un pobre y humilde caserío
donde vive una anciana ya achacosas
y su nieta Prudencia,
una joven tan fresca y tan hermosa
que parece el capullo de una rosa
nacido en los rosales de Valencia.

Día tras día, al despuntar la aurora,
la chica, que es pastora,
sale al campo á cuidar de sus rebaños,
y entre bosques de robles y castaños
vigila con cariño á sus corderos,
subiendo montes y cruzando oteros.
Como allí saben todos que es tan bella,
zagales y pastores
andan locos detrás de la doncella,
para ver si consiguen los favores
de aquella encantadora criatura;
pero ella, que es tan pura
como el aire del campo que respira,
ni atiende, ni les oye, ni les mira
y á todos deja iguales,
despreciando á pastores y á zagales.
Tan es así, que si llegaba alguna
tenaz é inoportuno
con intención de hablarle cualquier cosa
de las que dice todo enamorado,
la chica, ruborosa,
recogiendo el gazapo,
se iba en seguida por el otro lado.

Al ver la indiferencia
que con los mozos por igual tenía
y que ninguno de ellos conseguía
socerarse á dos varas de Prudencia,
le ocurrió á José-Ignacio, que era su pille,
un medio muy sencillo
para burlarse, al fin, de su inocencia.
Y una tarde que estaba desolada,
se acercó á la manada
lo mismo que un ratero,
y le robó el intimo, con castela,
un hermoso cordero
que era el encanto de la pobre abuela.
Le quitó del collar la campanilla
con precaución y mafia,
y escondiéndolo en una alforjilla,
esperó el resultado de su hazaña.

Al volver por la noche tan serena
y encontrarse sin él la pobrecita,
dió principio una escena
de riñas y de lloros y de pena
que no es para describirla.
La abuela se quejaba amargamente

TRAGICOMEDIA (Continuación.)



Apareció luego una dama que, sin más ni más, empezó á decir piropos raros al guerrero de marras



Y cuando más felices parecían los dos, surgió la figura de un rival fermentado,



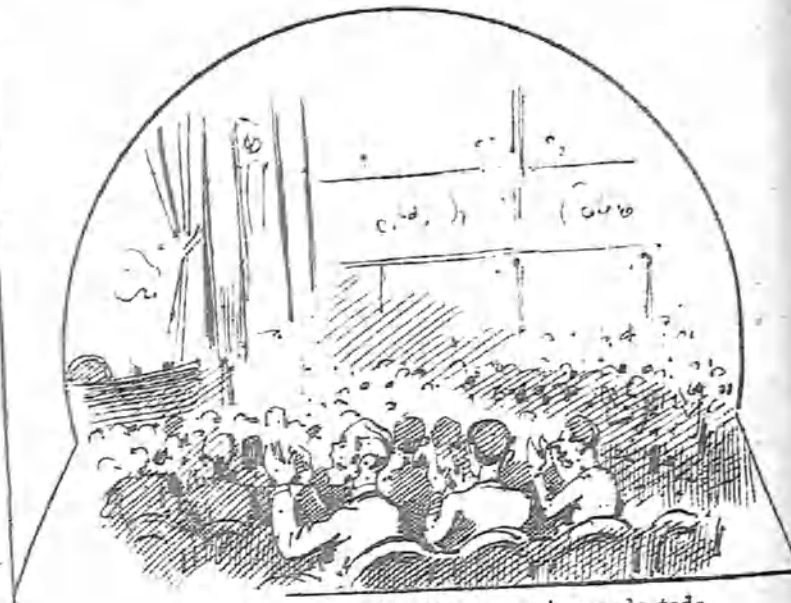
que desenvainando el mandoble acometió fieramente al enamorado mancebo.



Como no había causa de agresión tan brutal, el buen don Nuño sintió agitarse el espíritu caballeresco.



y, echando por el pasillo de las butacas adelante crepó por la concha del apuntador,



con gran aplauso del público, que juzgando todo aquello cosa del drama, celebraba la novedad de la escena.



Una vez arriba el conde, vió asomarse por un agujero del tablado una cabeza espantada.



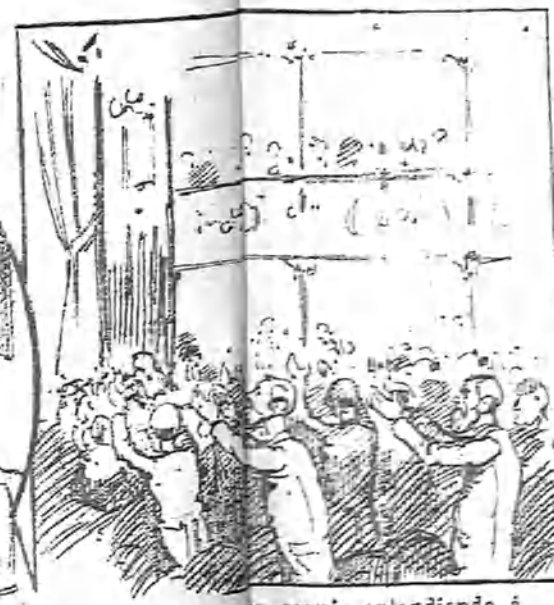
Y creyendo que el diablo en persona venía á tomar parte en la contienda, le hizo ocultarse con una patada de la Edad Media.



Arremetió luego con el importuno con gran asombro de los circunstantes....



y lo abrió el coñazo de un tajo.



El auditorio, entretanto, seguía aplaudiendo á rabiar.



Pero la gente de entre bastidores, viendo que la cosa iba de veras, salió á la escena inmediatamente.



y entre tramoyistas, bomberos y guardias lograron sujetar al anero loco.

(Se continuará)

al ver que le faltaba su cordero, cuando turbó el silencio de repente un sonido argentino y lastimero que llenaba el espacio.... Era la campanilla con que el buen José-Ignacio trataba de engañar á la chiquilla!

IV

—¡Ahí le tienes! —la abuela le decía.—
Va á buscarle al momento y no vuelvas sin él, porque tendría, si se perdiera, mucho sentimiento.

Salió al campo Prudencia, donde elagal estaba ya escondido, y al oír el sonido con que el otro abusó de su inocencia y guiada no más por los engaños de aquella campanilla.

Se fué internando la infeliz chiquilla en el bosque de robles y castaños....

Así, por fin, se celebró el encuentro, y así el muchacho le tendió las redes.

Lo que pasó allí dentro....
no encuentro modo de explicarlo á ustedes!

FIACRO YRÁVZOS.

LAMENTACIONES DE UN CÓMICO

Va no hay quien coma del arte, ni quien almuerce siquiera, y esta situación nos parte, como comprende cualquiera. Yo soy un cómico antiguo, pero de aquellos seguros y que con un sueldo exiguo vegetaba sin apuros; ahora me veo privado de un perro chico, señores, y me encuentro relegado á estar entre bastidores; que autor de prendas completas, sólo sabe decir, no gana ni dos pesetas de sueldo para vivir.

Ejemplo:—Muy buenas días.

¿La empresa?—¿Qué quiere usted?

—Yo soy Antonio Tobías.

—¿Y qué sabe usted hacer?—Sé....

gramática.—Es poco.—Visto....

con propiedad y decoro....

—¿Canta usted?—No, vive Cristo!

—¿Sabe usted pasar un toro?

—Dios me libre!—¿Y de gimnasia?

—Ni tanto así.—¿Qué melón!

—¿Imita usted á la Atanasia?

—Ni tal.—¿Baila usted un peón?

—Pero hombre!....—Una friolera!

—Nadal.—¿No toca usted el piano?

—No hace usted el burro siquiera!

—¿Yo declamo en castellano!

—¿Y es usted actor?—Sí, señor,

y en cien teatros diversos....

—¿Pues no dice que es actor porque sabe decir versos!....

—Hará usted que de ira estalle.

—¿Váyase usted del teatro!....—

Y me plantan en la calle,

como dos y dos son cuatro.

Y á pretender me decido,

y hacer títeres pretendo,

pero me pongo encendido

de vergüenza y no lo aprendo.

Sufró soñón tras soñón,

pasando aquí el purgatorio....

¿Y para esto la nación

sostiene un Conservatorio!....

¡Talla, no te sonrojes

si el arte lleva tal palo!

Yo no sé robar relojes

ni practicar un escalo,

y si Dios no lo remedia

ó el público se rebace,

esto concluye en tragedia,

digo, en *requiescant in pace*.

CALIXTO NAVARRO.

LAS RECOMENDACIONES

—Servidor de usted.
—Beso á usted la mano.
—Tengo el gusto de hablar con D. Pedro López?
—Sí, señor. Tome usted asiento.
—Antes tenga usted la bondad de tomar esta carta. Le da un papel.

Don Pedro López se cala los lentes y lee:
"Sr. D.... etc. Mi querido amigo: Recomiendo á usted del modo más eficaz al dador de la presente, D. Juan Pérez, hombre honradísimo y por el cual pondría yo las manos en el fuego—aunque me quemara.—al objeto de que usted le saque una credencial de las más altas. Sé que es usted amigo de uno de los ministros que ha hecho Martínez, y, por consecuencia, esto es muy fácil para usted. Esta es una recomendación *verdada*, y repito que respondo de Pérez como de mi propio. Agradeciendo á usted de antemano, etc.—Suyo, Vergara...."

Pausa conveniente.
Don Juan Pérez sonríe satisfecho, como si ya tuviera la credencial al alcance de la mano.

Don Pedro López queda un momento pensativo, de pronto atice con la diestra un gran golpe sobre la mesa de su despacho, y en seguida exclama:

—Señor de Pérez, yo soy aragonés.
—¿Quiere eso decir que debo ponerme en guardia?
—Eso quiere decir que soy muy franco.
—Ya hemos convenido en que todos los aragoneses lo son. Al menos en el teatro, en la novela y en el periódico los presentan así, confundiendo algunas veces la franqueza con el descaro.
—Pintar como querer. Eso á mí no me importa.
—Adelante, Sr. D. Pedro.

—Como hombre honrado, y de esto blasonamos justamente en Aragón, debo desenmascarar al Sr. de Vergara.

—No sabía que estuviésemos en Carnaval.

—Oiga usted la carta que he recibido hace dos horas, del propio señor que le recomienda con tanta eficacia y tanta verdad.

Y D. Pedro, ardiendo en santa ira y noble indignación, vuelve á calarse los lentes y lee:

"Querido Perico: Estamos en el país de las recomendaciones y hay compromisos ineludibles. Por mediación de la Pura, á quien tú conoces tan á fondo como yo, me han *arrancado* una recomendación *eficaz*: á favor de un tal Juan Pérez, hombre de malos antecedentes, según tengo entendido, é inepto por completo. Despáchalo con buenas palabras, dale algunas vagas esperanzas—que eso nada cuesta.—y así cumplo yo con la Pura, tú cumples con él y conmigo.... y siga la farsa.—Tuyo...."

Mostrando el papel á Pérez:
—Vea usted, aquí dice: "Vergara...."

—Conozco la letra y la firma.
—¿Y qué opina usted de esta contra-recomendación?

—¿Usted ha oído hablar del abrazo de Vergara?
—Sí, señor; pero no sé adónde va usted á parar.

—Por el momento, voy á darle á Vergara un *abrazo* que va á dejar en mantillas al famoso abrazo histórico que puso en paz á tirios y troyanos.

—Debo advertir á usted, por si no lo sabe, que la vida es corta, y que donde las toman las dan.

—Gracias por la advertencia, pero estoy resuelto á pasar á la historia.

—Es usted muy dueño.
—Servidor de usted.
—Beso á usted la mano.

Juan Pérez, volviendo desde el pasillo:
—Me hará usted la justicia de creer que yo no conozco á la Pura.

—Me lleva usted esa ventaja, y la envidia de todas veras.
—Adiós.
—Adiós.

Lo que dice en su contra-recomendación el Sr. de Vergara es una verdad como un templo.

Este es el país de las recomendaciones. Y de las contra-recomendaciones.

La recomendación, que ha venido á ser la puerta ó portillo de todo empleo oficial ó particular, parece como que revela exceso de población; pero no es así.

Lo que revela, en primer término, es el aniquilamiento de las artes y de la industria, la falta de desarrollo de la riqueza pública y un santo horror al trabajo.

Revela, además, otras muchas cosas que no son para tratadas en el tono ligero de un periódico festivo, pues habría que entrar en largas consideraciones político-filosófico-morales; consideraciones que desde luego le ocurrirán al lector, una vez enunciado el tema.

La contra-recomendación revela una perversidad superior á todo *encarecimiento*.

Es la puñalada por la espalda, el beso de Judas, tirar la piedra y esconder la mano, sacar las castañas del fuego con mano ajena, y, en suma, *dar la castaña*, con todo linaje de precauciones de mala ley.

La contra-recomendación es hija legítima de la hipocresía, vicio el más generalizado de la sociedad presente.

La recomendación obedece en muchos casos á la pueril y vanidosa satisfacción del que recomienda; el aparecer amigo de un personaje es cosa que viste muy bien y llena la aspiración de cualquier necio.

Al fin y al cabo, es una debilidad que merece disculpa, por lo inofensiva.

Lo que no merece perdón de Dios ni de los hombres es la contra-recomendación.

Y cabalmente hay muchos hombres *correctos* tocados de ese mal.

La epístola secreta de Vergara puede multiplicarse hasta el infinito.

—No haga usted caso de Fulano, que es un *latero* de primera.
—No sé cómo quitarme de encima á Zutano, y ahí se lo envío.... etc., etc.

La carta de Urias ha tomado entre nosotros carta de naturaleza.

Ignoro el procedimiento para acabar con la recomendación. La contra-recomendación sí podría concluirse del modo más fácil.

Con una generación de López, aunque no fueran aragoneses. Pero los López como el de mi cuento escasean.

Y al citar este ejemplo, los López amigos de *guardar las formas* dirán seguramente:

—Esos son otros López.—FRANCISCO FLORES GARCÍA.

EL AMOR Y LAS FLORES

Tenía mi Dolores en sus ventanas un jardínito alegre de frescas flores, flores que eran el gozo de mi Dolores y regaba amorosa por las mañanas.

De estar siempre allí juntas las florecillas
se tomaron cariño, ¡quién lo dijera!
y al jazmín abrazóse la enredadera
y se hincharon de gozo sus campanillas;
y una tarde ardorosa, cuando espiraba
el sol entre las brumas desvanecido,
un pensamiento hermoso dijo al oído
á una pobre violeta que la adoraba.
La humilde flor, tesoro de perfecciones,
no entendía de amores arrebatados,
y hablando con los ojos medio entornados
rechazó pudorosa sus pretensiones.
Y el pobre pensamiento, que no tenía
más vida que el cariño de su violeta,
le juró de rodillas en la maceta
que si no le escuchaba se moriría.
Gemía desde entonces á todas horas,
contaba á las estrellas sus males fieros
y pasaba llorando días enteros,
sin probar el rocío de las auroras.
Al fin salió de penas el fiel amante:
una noche de Mayo tibia y callada,
doblándose en el tallo, miró á su amada
con una risa amarga de agonizante,
y al despertar la aurora, todas las flores
gemían traspasadas de sentimiento,
porque hallaron cadáver al pensamiento,
marchito á flor de tierra, muerto de amores.
¡Qué crueldad! gritaban. ¡Qué altanería!
¡Que muera esa coqueta desamorada!
Y la violeta entonces, avergonzada,
lloraba entre las hojas y se escondía.
Y la hubiesen herido de buena gana
si al escuchar aquellos fuertes clamores,
Dolores, que de lejos oyó á las flores,
no apareciera al punto por la ventana.
—¡Pobre flor!—exclamaba con amargura,
mirando al pensamiento desencajado.—
Si no te falta el riego que te ha faltado,
lo que es de amor no mueres, ¡estoy segura!

LUIS RAM DE VIL.



Pues señor, en el número 395 de este periódico, en la sección de chismes y cuentos, se publicó una especie de moraleja que empezaba así: «El cara de Cascorro—siempre lleva en su casa puesto un gorro.»—y que iba firmado por Gonzalo A. Ramírez, que nos lo remitió con la peor intención del mundo.

Porque hay que advertir que la susodicha moraleja se había publicado en *La Habana Humorística*, con la firma de su verdadero autor, D. Mariano Salazar.

El buen Ramírez pensó sin dudar:—La Habana está lejos, el Sr. Salazar no verá mi timo; pues voy á darme tono con la novia.—Y cogió y firmó. ¡Dios le haya perdonado la tontería!

En un abanico.

Cuando no llevas sombrilla,
á veces el sol te estorba
y este abanico te sirve
de pantalla protectora;
y sé que suele decirte
al dar á tu cara sombra:
—Ni tanto ni pongo sol;
pero ayudo á mi señora.

AGUSTO REYES

Nuestro colega *El Motín* ha publicado recientemente una preciosísima *Baraja mística*, dibujada con mucho salero y estampada con gran lujo. No hay un solo detalle de los naipes de que el dibujante no haya sacado partido. Es de suponer que se venderá mucho.

De su mundo Ramón,
que es su tío de profesión,
se ha separado Librada;
y ella dice, con razón,
que ahora está muy *desamorada*.

Yo no sé si quedarán ya ejemplares del bonito libro publicado recientemente con el título de *Amor y gobierno*; pero, si hay justicia en el mundo.... de las letras, deben de quedar muy pocos: porque está escrito por el erudito é ingenioso autor de los *Púster del día*, el saludísimo Mariano Cavia, con todo el aticismo y gracia de su pluma, y porque tiene, además, profusión de dibujos del popular caricaturista Angel Pons.
Y, á pesar de todo, no cuesta más que 3,50 pesetas.

Más libros:

Un buen partido, preciosa novelita del distinguido literato D. Juan Tomás Salvany, publicada por el Gran Centro Editorial. Precio, una peseta.
El secreto, poema escénico, se titula el último libro de D. Salvador Rueda, que ha merecido grandes elogios del público y la prensa.

Biblioteca poética. Ha empezado á publicarse esta biblioteca, que dará á conocer en ediciones económicas las principales obras de nuestros clásicos. El primer tomo contiene una colección de poesías satíricas y jocosas de Quevedo. Precio de cada tomo en rústica, 50 céntimos; encuadernado en tela inglesa, una peseta.

Brunas, colección de versos de Hermand-Land.

Ellas, narración amorosa, por D. Alfredo Ulecia y Cardona, precedida de una carta de D. Carlos Vieyra de Abreu. Precio: una peseta.

Los misterios de París, célebre é interesante novela de Eugenio Sue, publicada en edición económica por la empresa de *El Motín*. Tres tomos: 9 pesetas.



Ha fallecido la Sra. D.^a Rafaela Gómez Lhico, esposa de nuestro querido amigo el impresor de este semanario, D. Manuel Ginés Hernández, á cuya justa pena de todo corazón nos asociamos.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Rubi.—Todo eso es verdad, la patria está muy alicada, pero más vale no decirlo en versos medianos.

Sr. D. A. L. y F.—Madrid.—No está mal del todo, pero es un poco vulgar la idea y muy dñida además.

Chispa.—¡Hombre! Ese final es muy malo. ¿No le parece á usted?

Juan de Dios.—Digo á usted exactamente lo mismo que á D. A. L. y F., dos líneas más arriba.

R. G. T.—El más bonito es el siguiente:

«En el baile de la Alhambra
ayer te vi:
parecías una rosa
de esas de Abril.»

y no es muy bonito que digamos.

Est.—Es muy malo eso. Conque si es peor lo que tiene usted en casa....

El humo.—«Había en Oviedo una calle
estrecha y desempedrada
que en cuanto el sol se ponía
por ella nadie pasaba....»

Y así sucesivamente. Todo lo cual, cantado por un riego, sería cosa rica.
Sr. D. V. L.—Madrid.—Ambas son de un género completamente *fuera de cachó*. Y no están versificadas con toda la corrección que debieran, si se ha de decir todo.

Guasa viva.—Tanto la de usted como la de su amigo son efectivamente serias, pero con una seriedad cursi que parte el alma.

L. Gante.—I.... nocente, debía usted firmar.

R. M. C.—Perdóneme usted la franqueza, pero ha hecho usted mal en imprimirlos. Son muy malos.

Fidel.—¡Ay, sí! Creo que ha perdido usted el tiempo. Gracias por el pipropo.

Sr. D. J. S.—Valencia.—Francamente, me gusta poco; no por el asunto, sino por la forma, que es algo pedestre.... y aun algo.

D. J. O.—Córdoba.—No, no será usted poeta. De esta *composición* digo lo que de la pasada, y me quedo sumamente corto.

D. E. R. S. J.—Valladolid.—¡Jesús mil veces! ¿Qué sarta de disparates!

R.—No lo hace usted del todo mal, pero tampoco bien del todo.

D. M. C.—Córdoba.—Tenga usted por suya la respuesta anterior.

El Dante Rojano.—Versifica usted con bastante soltura y facilidad, pero el asunto es flojillo. Lo más ingenioso es la firma.

S. y T.—Sevilla.—No puedo ser tan amable como usted desea, porque eso es atroz.

K. y C.—Sevilla.—¿Cómo debe llamárseles á ustedes, majaderos ó majaderas?

S. de Q.—Sevilla.—Pues no beba usted cerveza, ni la dedique usted coplas.

Sansón.—¿No tuvo usted el honor de que le publicara su primera composición? Sería lo mismo que la segunda.

Meregué.—Pues mire usted, eso de que

«La verdad es una mentira,»

no será verso hasta que se le quite una sílaba; pero, aun quitándole esa sílaba, no será verdad nunca.

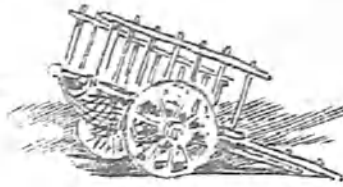
Fr. C. P.—Si el saber es una felicidad, como usted asegura, debe usted de ser el hombre más desgraciado de la tierra.

Sergento.—Eso será de *tráil interés* para el enamorado; pero para Parita es un tiro.

JEROGLIFICO



2 ez



Ver



Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIMESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFIADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALUÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.